

Philippe Collin

El barman del Ritz

Traducción del francés de Adolfo García Ortega



PHILIPPE COLLIN

El barman del Ritz

Traducción de
Adolfo García Ortega

Galaxia Gutenberg

Galaxia Gutenberg,
Premio TodosTusLibros al Mejor Proyecto Editorial, 2023,
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios
y Asociaciones de Libreros).

Título de la edición original: *Le barman du Ritz*
Traducción del francés: Adolfo García Ortega

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo de 2025

© Éditions Albin Michel, 2024
Gestión de derechos internacionales: Susanna Lea Associates
© de la traducción: Adolfo García Ortega, 2025
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Sant Joan Baptista, 35, La Torre de Claramunt-Barcelona
Depósito legal: B 81-2025
ISBN: 978-84-10107-15-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A Blanche Auzello, la sin par reina del Ritz

«Cuando pienso en el más allá, en el paraíso, siempre me veo trasladado al Ritz de París».

ERNEST HEMINGWAY

París fue ocupado por las tropas alemanas del 14 de junio de 1940 al 25 de agosto de 1944: 1.533 noches durante las cuales el hotel Ritz se convirtió en un mundo extraño, único y complejo, en medio de una Europa desgarrada por la guerra. Hay mil y una maneras de contar esta historia. El barman del Ritz es una novela que se basa en hechos y en personajes reales. Supone una lectura de esos años sombríos de la historia de Francia. Con el fin de iluminar ciertos aspectos, el autor ha empleado los medios propios de la ficción que equivalen a las armas del novelista. El personaje de Luciano es inventado, así como el de Fersen se inspira en las circunstancias que rodearon a Frank Meier durante aquellos años. Los extractos de su diario también han sido imaginados por el autor y son un homenaje a ese destino fuera de lo común.

Prólogo

VELA DE ARMAS

13 DE JUNIO DE 1940

Mañana las tropas alemanas entrarán en París. Francia se ha disuelto como un terrón de azúcar en un vaso de absenta.

Apenas hace un mes que empezó la batalla de Francia. Los pánzer de Guderian han devorado las Ardenas. Combaten en Ruán. Combaten en Senlis. Han cruzado el Marne. Desde ayer, el cielo está negro por humaredas amenazantes, la capital ya se ha rendido. Acaba de ser declarada «ciudad abierta». Los parisenses han tomado la vía del éxodo. En tren, en coche, en carro-mato o a pie, han cogido lo que han podido y han abandonado el resto. Apenas quinientas mil almas permanecen aterradas en sus casas y lo único que circula son los rumores.

El gobierno de la República ha huido antes de ayer para refugiarse en Tours. Ya no hay administración, ni taxis, ni policía, ni correos, ni servicios públicos. El pánico se propaga como el fuego por el bosque. Se han quemado los archivos en los patios de los ministerios. Y desde hace dos días, bandas de saqueadores campan a sus anchas. Las calles están vacías, los comercios han echado el cierre. París está sumida en el silencio, la desolación y la muerte.

Sin embargo, en la Place Vendôme, el gran hotel Ritz sigue abierto. ¿Quién podría creer que Winston Churchill estaba todavía allí hace menos de dos semanas? Los clientes habituales han desertado. Gabrielle Chanel se ha refugiado en Biarritz. El duque de Windsor y su esposa Wallis han aterrizado en España. En su suite del primer piso, la heredera norteamericana de los Woolworth, Barbara Hutton, duda, hace y deshace las maletas.

En la Galería de las Maravillas, ese túnel que comunica las dos alas del hotel de lujo, las vitrinas con las insignias prestigiosas parecen pertenecer a un mundo ya pasado. El bar Cambon ha cerrado sus puertas antes de ayer. Sólo el Petit Bar sigue funcionando. Ha abierto a las seis de la tarde, como siempre. El mostrador lustroso, las *boiseries* de caoba, las pantallas de cuero de las lámparas, el verdecedón del terciopelo de los sillones Luis XV: un decorado que ha permanecido invariable. Las botellas de alcohol puestas en fila como los libros ordenados de una biblioteca. Es la fortaleza de Frank Meier, el barman del Ritz. Austriaco de nacimiento, famoso por su arte para el cóctel y adulado por los más elegantes bebedores de Europa y de América, Meier es una leyenda en el mundillo del lujo. Su fino bigote, sus gestos precisos y su mirada risueña son al menos tan conocidos como sus brebajes. En vísperas de la invasión alemana, está en su puesto, chaqueta blanca y corbata negra. Con la cincuentena cumplida, ni gordo ni delgado, veinte años en la casa lo han convertido en el patrón. Meier parió este bar en 1921 y seguirá unido a él cueste lo que cueste, poco le importan los alemanes y la desbandada. Quiere parecer impasible, pero esta tarde el barman del Ritz está mano sobre mano. Desmoralizado. Detrás de su aspecto afable, afloran las señales del cansancio y de la angustia. Hasta ahora, tenía la costumbre de disimular cuidadosamente una ascendencia de la que nadie se preocupaba.

La gente aquí no ve más que a un barman hábil de manos y todopoderoso dios de las botellas. Como si yo hubiera estado siempre ahí, como si hubiera nacido detrás de la barra.

Exiliado voluntario de una vida que ha dejado atrás, Frank Meier oculta un secreto: es judío.

Esta tarde, su único cliente, Otto de Habsburgo, heredero despojado del Imperio austrohúngaro, ahoga su angustia en ginebra. Los nazis han puesto precio a su cabeza y debe huir. Rápido. Esta misma noche. Sentado en un extremo de la barra, le da vueltas en la cabeza por última vez a las semanas que

acaban de pasar y luego vacía de un trago su vaso de Beefeater. El príncipe real de Bohemia se levanta y estrecha entre sus trémulos brazos a ese barman que podría ser su padre. Frank se contrae. Este abrazo parece un epílogo. Otto de Habsburgo dice adiós a Europa: dentro de pocos días estará en Washington. El barman del Ritz ve así desaparecer a su último cliente del mundo de antes.

Primera parte

GUERRA DE TRINCHERAS

JUNIO-JULIO DE 1940

I

14 de junio de 1940

Heme aquí atrapado en la guarida de los boches.

Seis y media de la tarde y los alemanes se están haciendo esperar.

Por la mañana, han desfilado por la avenida Foch.

Ahora están aquí, dentro del recinto del Ritz, entre sus cuatro paredes.

Todos los hoteles de lujo parisienses han sido requisados por el ejército alemán para instalar a sus oficinas en ellos; el Ritz acogerá a un centenar de oficiales de alta graduación –la *crème* de la Wehrmacht– y pasará a ser la «residencia del gobernador militar de Francia»: si este título no recordara la cruel humillación que acaba de sufrir el ejército francés, sería casi prestigioso.

La Place Vendôme se beneficia de un estatus especial. Hasta nueva orden, el Ritz puede seguir recibiendo a su clientela habitual. El bar, por supuesto, sigue abierto. Para ocuparse de ello, junto a Frank Meier sólo está su viejo compañero de armas, Georges Scheuer, y un joven aprendiz italiano, Luciano.

El barman no ha pegado ojo en toda la noche, al acecho del incongruente silencio que reina en su casa, un inmueble de la rue Henri-Rochefort, cuya mayor parte de los vecinos ha huido de París.

Cobardes.

En su insomnio, ha pensado en su hijo Jean-Jacques. Frank nunca ha sabido amar verdaderamente a ese hijo único nacido

en 1921, fruto de su desafortunado matrimonio con Maria. Los separa un abismo. No tiene noticias de él desde hace lustros, desde que el joven entró a trabajar en el Casino de Niza, hace unos cinco años.

¿Dónde está? ¿Ha sido movilizadado?

¿Debería ponerme a salvo yo también? ¿Reunirme con él en Niza?

Impensable abandonar mi bar a los Schleus...

Esta tarde, impecable con su chaqueta, Frank Meier se prepara para la llegada de sus nuevos clientes. Acaba de atisbar su rostro reflejado en su coctelera Christofle: ojeras más profundas que nunca, mirada con un brillo de inquietud. Del estómago ni hablemos: ha exhalado en su mano un aliento fétido. La llegada de los alemanes, y con ellos las reminiscencias de las trincheras, le revuelve las tripas.

El barman echa la enésima ojeada al reloj de pared. Siete menos veinte.

Todo está preparado: cítricos, hojas de menta, frutos rojos y azúcar moreno para el Royal. El Perrier-Jouët está frío y hay en abundancia. Los vencedores tendrán mucho que celebrar.

Pero por el momento, nada. Todavía nada.

Desde donde está ubicado, tras la barra maciza de madera oscura, Frank no puede ver llegar a los clientes, el pasillo que conduce hasta su bar está fuera de su ángulo de visión. Es un engorro para los tiempos que corren. Imposible anticiparse. Por eso ha apostado a su aprendiz como vigía en el quicio de la puerta.

¿Dónde están esos jodidos boches?

El cargado silencio previo al asalto. Georges se entretiene jugueteando con las frambuesas.

–Para ya, las vas a echar a perder.

–Estoy nervioso, Frank.

¡Todos lo estamos, amigo!

–Entonces pasa la gamuza por el bar, hay marcas de dedos.

Guerra de pega, decididamente.

Ah, ahí viene uno. ¿Es de ellos...?

No, tan sólo es un cliente francés cuya visión podría arrancarle un rictus de desprecio si no fuera porque se contiene. El imposible señor Bedaux.

Por un instante, Frank se imagina que le pide, educada pero firmemente, que se dé media vuelta. Pero Bedaux forma parte de los nuevos amos, va a tener que tragárselo. Por tanto, al que ve avanzar hacia él es al primer cliente del mundo de después.

Qué sorprendente personaje es este Charles Bedaux. Frente despejada, rasgos finos y una edad parecida a la de Frank, en la cincuentena vigorosa. También, como él, desembarcó de joven en Norteamérica sin nada en los bolsillos. Sus destinos se han cruzado a menudo. En Nueva York, Meier aprendió a servir, Bedaux a brindar. Ambos enseguida se convirtieron en expertos en sus respectivos campos: Frank como barman, Bedaux como hombre de negocios. En menos de diez años, Bedaux se casó con dos herederas americanas y se hizo el paladín de la teoría de «la organización científica del trabajo» —escribió un libro sobre el tema, del que habla con frecuencia, así como de sus fábricas de tal y cual sitio, de su reciente nacionalidad norteamericana, de su unidad de medida, «la unidad Bedaux»—. Pero su mayor admiración es por la Alemania nazi.

Frank toma buena cuenta de su sonrisa de vencedor. Imperterbable, el barman le suelta:

—¿Una copa de Pol Roger, como de costumbre, señor?

—Esta noche no, Frank. Prepáreme más bien su Royal Highball doble. ¡Hay que festejar el renacimiento de Francia, por fin libre de espíritus decadentes y afeminados! Yo siempre lo he dicho: si el caos rige la naturaleza, no cabe duda de que sólo el orden salva al hombre. ¿No es así, Frank?

Si el cóctel es un arte de rigor y medida, llevar un bar es, por el contrario, el arte del desorden; dejar que la vida se desborde, jugar con los límites, aceptar sobrepasarlos a veces, en esto ha consistido el éxito de Frank Meier, más incluso que en sus célebres combinados. Esa es también su ambigüedad, la de un

espíritu disciplinado imantado por el anticonformismo. Pero Charles Bedaux jamás lo ha entendido así. Para él, nada debe desbordarse, salvo lo relativo al cuidado de sus propios intereses. El arte, los hombres, la política no son más que apuesta, inversión, plusvalía. En el fondo, sólo hay un asunto en el que Frank y Bedaux están de acuerdo: que Francia necesita a Philippe Pétain. El magnate de la industria, porque eso beneficiará a los negocios; el barman, porque sirvió como suboficial bajo las órdenes del Mariscal durante la Gran Guerra.

Frank nunca se lo dirá a ese traidor de Charles Bedaux, pero en la línea del frente, a las órdenes del gran hombre del mosta-cho blanco, el sargento mayor Meier se convirtió en un patriota.

El hombre de negocios se lleva el vaso a los labios y luego lo deposita en la barra. Parece querer lanzar otra soflama, pero se lo impiden unas voces y unas risas que vienen a turbar la quietud del bar.

Son ellos...

Ha llegado el momento. Frank se ajusta el cuello, pone una mano sobre el hombro de Georges. Le toca recibirlos. Las risas se acercan por el pasillo. Risa de cuarteles. Por un instante, Frank ha regresado a Verdún. Endereza los hombros, pero siente cómo el sudor perla su espalda. Su camisa está empapada bajo la chaqueta, tiene frío hasta en los huesos.

La primera línea enemiga avanza.

–Buenas tardes, señores. Bienvenidos al bar del Ritz.

Diario de Frank Meier

Soy un proletario. Y un proletario judío, además. Desde crío, siempre he buscado salvarme.

Mi vida es una evasión.

Nací en el Tirol austriaco, el 3 de abril de 1884, hijo de obreros polacos en el exilio. Para mi padre, la disciplina era el origen de todas las virtudes. La educación que él me ha dado no ha sido más que un largo curso de subordinación.

¡A sus órdenes, jefe! Una prisión mental. ¡Sí, jefe! El sentimiento de morir un poco cada día. Enseguida comprendí que había una cierta necesidad en su manera de vivir, la de no cuestionarse nunca nada. Siempre he desconfiado de las personas llenas de certezas.

Mi padre nació en Lodz, en medio de los pogromos. Vio cómo los suyos eran perseguidos, incluso a veces ahorcados por hordas rubias. Acabó por quemarlo todo tras de sí antes de emigrar a las montañas del Tirol. Me puso un nombre austriaco, para mayor desesperación de mi madre, hija de un simple rabino de Budapest. Se negó a que me circuncidaran. Ni hablar tampoco de inscribirme en los registros de la sinagoga: decretó que nadie de su descendencia sería judío. La familia se instaló en Viena, en el Favoriten, un barrio en el que toda Centroeuropa se mezclaba sin distinción alguna. Me acuerdo de mi viejo aullándole a mi madre cuando ella todavía quería festejar el Pésaj o cuando se le escapaban tres palabras en yidis.

Antes de instalarnos en Viena, vivíamos en Kufstein, un pequeño pueblo del Tirol austriaco donde mis padres llegaron

con una mano delante y otra detrás. Mi padre era entonces el empleado de un zapatero bien asentado y con una amplia clientela. Como cobraba poco, él aspiraba a abrir su propio puesto y para ello ahorra las propinas que le daban las viejas metomentodo. Vivíamos los tres en un desván que había encima de la tienda. No pagábamos alquiler. Una ganga. De la mañana a la noche, veía a mi padre cargar con su gran mandil de cuero de ternera, provisto de pulidores, espátulas y un martillo. Me impresionaba con sus herramientas en la mano, vigoroso y metucioso a la vez. Cuando era niño, allá en Kufstein, él era para mí todo un héroe. Tal vez me haya pasado la vida imitando, al otro lado de la barra, sus cuidadosos ademanes.

Adoraba a mi pobre madre, su ternura, sus sonrisas, la suavidad de su piel y su olor a violeta. Crecí entre sus faldas, al abrigo del mundo. Creo que conservo de aquellos años un recuerdo sereno y alegre. Poco después las cosas se torcieron. Un buen número de aldeanos emigró a los centros industriales. El centro y los alrededores de Kufstein se despoblaron en unos meses y la zapatería Gruber tuvo que cerrar. Mi padre perdió su trabajo en enero de 1888. Había que hacer algo, y rápido. Entonces tuvo la idea de probar suerte en Viena y abrir por fin su propia tienda en la capital del gran Imperio danubiano. Había oído decir a unos clientes que los dueños de las fábricas vienesas buscaban mano de obra femenina, peor pagada. La Revolución Industrial había mecanizado los telares y todo consistía en manejar palancas, una tarea fácil para las obreras. Mi madre encontraría rápidamente un salario, y él también. Ahorrarían y luego alquilarían un traspaso. El comercio, la senda hacia la gloria para quien tiene poco.

Así fue como mis padres se unieron a esas manadas de campesinos tiroleses que fueron a trabajar a la ciudad por unas perras. Renunciaban al mundo antiguo con la esperanza de una vida mejor. Un éxodo, otra vez. Mi madre encontró enseguida un empleo en una fábrica de herramientas mecánicas último modelo. Su salario era miserable, sus escasos ahorros

se fundieron como la nieve al sol. Él se vio obligado a aceptar una plaza de obrero cualificado en una manufactura de botas para oficiales del ejército austrohúngaro.

La miseria se negaba a abandonarnos y mi viejo se hundió. Exhausto por la fatiga, melancólico, irascible, se encerró en sí mismo. Un derrumbe interior. Le reprochaba a mi madre que no ganara suficiente dinero, se dio a la bebida y se volvió violento. Con la muerte en el alma, renunció a su tienda y empezó a darle vueltas en la cabeza de la noche a la mañana, poseído por una rabia sorda, incapaz de asumir el fracaso, a la vez que sus estrechas convicciones no cesaban de ir en su contra. Yo crecí como pude. Y entonces, un día, tuve la extraña sensación de que mi juventud lo exasperaba. Estaba celoso de mi futuro todavía intacto.

A los doce años, trabajaba diez horas al día en un taller de cardadura de lana en Viena. Me fascinaban los chiquillos con los que me cruzaba por la mañana camino de la fábrica. Eran de pura raza, elegantes, insolentes, con sus camisas blancas almidonadas y sus rebanadas de pan con pasas. Deseaba la vida que llevaban. Extraerme de la de los pobres. Conocer el calor de una casa burguesa. Un deseo irreprimible. Estafé a mis padres. En dos años, sin decirles nada, escamoteé una parte de mi salario y reuní una bonita suma, mientras soñaba con un país de Jauja: América. Todo el mundo hablaba de ello. Tentar la suerte. Hacer fortuna. Mi padre estaba furioso conmigo, mi madre no dejaba de llorar, aun así me fui una mañana de otoño al amanecer. Primero me metí en un viejo tren de mercancías, viajé durante tres días en un vagón de ganado de Viena a Múnich, luego de Múnich a Bruselas, y por fin llegué a Amberes, en Flandes, donde tuve que chuparme una larga cuarentena debido a unas fiebres malignas, con la angustia de quedar bloqueado en el puerto. Una vez restablecido, logré pagarme un billete de tercera clase en el entrepunte de un transatlántico de la Red Star Line, un magnífico barco a vapor, un mastodonte, la promesa de una desmesura por llegar. Mi deseo era nítido como la luz del día, mi vida avanzaba.